

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA XUNTA EN LA TOMA POSESIÓN DEL  
DIRECTOR DE LA CASA DE GALICIA EN MADRID**

**Madrid, 25 de mayo de 2009.-**

Autoridades presentes, amigas y amigos presentes en la Casa de Galicia

Tenemos los gallegos un empeño especial que nos empuja a participar en grandes empresas comunes. La historia lejana y la más reciente demuestran que no nos conformamos con las tareas, por así decirlo, domésticas, sino que necesitamos prolongar nuestra galleguidad más allá de nuestros solar natal. Dos de estas epopeyas son bien conocidas, aunque una de ellas se confunda con las brumas de la leyenda.

Cuenta en efecto el Libro de las Invasiones (Lebor Gabalá Erenn), crónica de la mítica creación de Irlanda, que un galaico llamado Ith divisó desde las costas de Galicia un lejano horizonte. Animado por un irresistible impulso aventurero, se dejó llevar por los vientos y arribó a tierras irlandesas. Entenderán que, como buen gallego que soy, esté obligado a creer en lo que es uno de los momentos fundacionales del celtismo. Sin embargo, lo esencial de esta gesta no es su veracidad, sino la idea que la inspira: el gallego está animado por una visión de su tierra que no limita la geografía.

La segunda gesta que la confirma es la expansión de los gallegos por América. Ciertamente en la emigración se combina la terrible necesidad con la aventura, pero en todo caso el resultado es una huella indeleble de Galicia en la cultura, la economía o la política americanas. Es difícil de expresar el orgullo que siente un presidente de la Xunta cuando es recibido allá por nuestros paisanos. La gente que compone nuestra comunidad emigrante, es el otro reflejo de la galleguidad ambulante de la que les hablo, capaz de añadir sus energías a las de otros pueblos, en pos de objetivos compartidos.

Pero hay otro momento en el que se hace presente ese espíritu galaico al que nos estamos refiriendo. En este caso no toma cuerpo en la remota América, ni en la lejana Irlanda, sino en el más cercano Madrid. Porque Madrid también es cosa nuestra. Entre los innumerables aportes humanos de que está hecha la capital de España está, en lugar preferente, el factor gallego; el propio callejero madrileño es un muestrario de galleguismo. Allá por los tiempos de la Restauración, decía alguien de cuyo nombre es mejor no acordarse, que Galicia *sólo daba a la Corte aguadores y ministros*. Es obvio que el maledicente no era ni una cosa ni la otra; pero lo esencial de esta envidiosa queja es que reconoce el afán de los gallegos por tener su sitio en la gobernación del país.

Amigas y amigos, ese Madrid al que algunos se refieren como un Leviatán que subyuga a la periferia hispana, no existe para la gran mayoría de los gallegos. No existe porque esta metrópoli que hoy nos acoge, se ve en mi tierra como una versión moderna de aquella Irlanda que el hijo de Breogán divisaba desde las costas de Galicia, por más que haya que cambiar las rutas marítimas por otras terrestres o aéreas. El gallego navega hacia Irlanda para fundar un país, y llega a Madrid con afán de ser partícipe de una tarea llamada España.

Por eso nuestra autonomía está impregnada de una filosofía que a veces pasa aquí inadvertida en medio de los debates territoriales. Se resume en unas palabras del galleguista Ramón Piñeiro, al que dedicábamos hace poco el Día das Letras Galegas. *Nuestra peculiar forma de ser españoles, es ser gallegos*. Es decir, no entendemos la galleguidad como alejamiento de lo español, sino como una forma de aportar a lo español nuestra visión de España. Lo que antes hacían aguadores y ministros, ahora también se pone en práctica mediante un autogobierno cordial y solidario.

Esto que les digo no forma parte de un recurso retórico para lograr más empatía en este acto de presentación del nuevo director de esta Casa de Galicia. Desde que la autonomía da sus primeros pasos, los gallegos hacen patente su deseo de que discurra por cauces de sosiego y moderación.

El galleguismo cordial es la divisa que une al Gobierno de Galicia que yo presido, con su pueblo. Ese galleguismo amable es el vínculo que mejor puede unir a los gallegos, y el que mejor nos puede impulsar a ser una voz decisiva en el presente y el futuro de España. Ese galleguismo abierto se expresa con libertad en gallego y en castellano, como lo hicieron Castelao y Montero Ríos, Risco y Canalejas, Curros Enríquez y Julio Camba, Rosalía y Valle Inclán, o el poeta Ramón Cabanillas y su sobrino Pío. Todos ellos forman parte de una comunidad que nunca se ha dejado limitar por el tiempo, por la geografía, ni por ideologías estrechas.

Esa Galicia ofrece esta Casa a Madrid, gracias a la iniciativa de un gallego que supo interpretar como nadie los anhelos de sus paisanos: el presidente Manuel Fraga. Hoy, a todas las demás tareas que tiene encomendadas esta representación, se une el impulso del Xacobeo del 2010. He ahí plasmado en el Camino de Santiago, otro ejemplo del deseo pertinaz de mis compatriotas de todos los tiempos, de abrir fronteras, relacionar idiomas, aunar culturas, de hacer en suma de Galicia un lugar de encuentro.

Esta Casa es otro lugar de encuentro que hoy pasa a dirigir un hombre que también pertenece a esa amplia legión de gallegos que, sin ser aguadores ni ministros, han sabido galleguizar Madrid. A su amplia experiencia administrativa, José Ramón Ónega une una faceta de escritor, en la que encontramos de nuevo el rastro de la Galicia expansiva a la que tanto aludimos hoy, a través de los judíos, obispos o mártires que pueblan sus libros.

Aunque no se si es auténtica la gesta de aquél lejano gallego que se internó en el mar para encontrarse con Irlanda, creo firmemente en ella. Igual que creo en que nuestra capacidad para superar la Galicia geográfica con otra mucho más grande, nos convierte en un pueblo singular. Un pueblo capaz de entender las complejidades del mundo que vivimos, orgulloso de lo que es y de formar parte de esa ilusión común llamada España.

Gracias.

SALUDOS, GABINETE DE COMUNICACIÓN DE LA XUNTA DE GALICIA